

Niñas y niños representados en silabarios y textos de lectura: una conversación con Nicole Araya Oñate

Palabras clave

Silabarios, textos de lectura, infancias, historia de la educación.

Autora

Camila Pérez Navarro

Filiación institucional

Universidad de O'Higgins

Correo electrónico

Camila.perez@uoh.cl

INTRODUCCIÓN

En 2019 se publicó el libro *Escolarizados y virtuosos. Niñas y niños representados en los silabarios y textos de lectura (1840-1900)*, escrito por Nicole Araya Oñate y editado por el Museo de la Educación Gabriela Mistral. En esta entrevista nos adentramos al proceso de investigación que dio origen al libro, en las fuentes analizadas y en sus principales hallazgos.

ENTREVISTA

Camila Pérez Navarro: Nicole, en primer lugar, agradezco que hayas aceptado participar en esta entrevista. Para comenzar, quiero preguntarte sobre el principal objetivo de la investigación que dio origen al libro. ¿Por qué te interesó investigar las representaciones de la infancia en silabarios y textos de lectura?

Nicole Araya Oñate: Gracias por la invitación. Primero, es necesario decir que en la actualidad la imagen del escolar es muy común en nuestro espacio cotidiano, pero no siempre fue así. Esta investigación buscó comprender cómo se construyó su imagen a lo largo de la historia. Para lograrlo, tuvimos que trasladarnos temporalmente a parte del siglo XIX, momento en el que la escuela empieza a vincularse con la niñez y comienzan a cobrar relevancia los discursos sobre su escolarización y alfabetización, los que evidenciaron, igualmente, la necesidad de una nueva forma de comprenderla. Para aproximarnos a esta imagen empleamos los silabarios y textos de lectura confeccionados para las escuelas primarias elementales, deteniéndonos en el análisis de la representación de la infancia que circuló en dichas publicaciones entre 1840 y 1900.

Camila: ¿Por qué analizar la imagen de la niñez escolarizada en silabarios y textos de estudio?

Nicole: Distintos autores han dado cuenta del papel que tiene lo escrito para plasmar modelos de comportamiento, normas, fronteras simbólicas, etc., jugando un rol relevante a la hora de organizar las sociedades. En este sentido, el libro en tanto bien o artefacto cultural se transforma en una fuente que permite conocer pensamientos, ideas, imaginarios o, en nuestro caso, representaciones. Una manera de acercarnos a ellas fue examinando las lecciones que quedaron impresas en las páginas de los silabarios y textos de lectura, publicaciones que, además, fueron expresión de las asignaturas que dieron vida al currículum de la escuela primaria.

Camila: Desde una perspectiva conceptual: ¿cómo te acercaste a esas imágenes de la infancia?

Nicole: Para abordar la representación de la infancia consideramos la noción de estética escolar, la que sitúa el marco analítico en torno a la educación de los sentidos para la formación de sensibilidades, comprendiendo la escuela como una máquina estetizante, como lo ha planteado el historiador Pablo Pineau. Siguiendo esta línea argumentativa, la categoría de matriz que trabaja la investigadora Katya Mandoki igualmente permite vislumbrar cómo desde la institucionalidad escolar (matriz escolar) se transmiten y se gestan identidades, así desde este lugar niñas y niños se contagian de determinadas maneras de ver y sentir la vida. Otra referencia son los estudios sobre educación estética en Chile que ha desarrollado el profesor Luis Hernán Errázuriz, los que muestran el vínculo de esta con la educación del buen gusto (aprobar lo bello, negar lo feo) y la formación moral

(lo bello es bueno y limpio; lo feo es malo y sucio). Esto último se relaciona con una idea central de este estudio, que plantea que la noción de infancia escolar estuvo articulada a partir de un discurso referido a la virtud, asociado a un tipo de comportamiento que se sustentó en una educación estética difundida de forma subyacente en los silabarios y textos de lectura.

Camila: ¿Nos podrías comentar sobre el contexto histórico en el que se enmarca tu investigación?

Nicole: Los procesos de escolarización y alfabetización constituyen el marco en el que se sitúa esta investigación y debemos ubicarlos en el contexto cultural de la época, el que brindó a las letras un lugar preferencial en tanto expresión de lo ilustrado. La cultura escrita se contrapuso a la tradición oral, estableciéndose una frontera entre lo civilizado y lo bárbaro. Junto con la aspiración de difundir la cultura letrada (por medio de la publicación de libros y revistas y de la escuela alfabetizadora) también se plasmaron modelos de comportamiento y sentimientos a partir de la escritura, pero paradójicamente la sociedad era mayoritariamente analfabeta. En este contexto, la educación de los ciudadanos pasó a cobrar importancia, pues se relacionaba con el porvenir de las jóvenes repúblicas. Ejemplo de lo anterior fue el discurso de los hermanos Amunátegui, en 1856, quienes explicaban que, si bien la enseñanza primaria se enfocaba en conocimientos que definían como simples y diminutos, resultaban ser la base fundamental de la civilización, influyendo de manera directa en la industria, moralidad y prosperidad de las naciones. Es así como en 1860 se promulgó la Ley General de Instrucción Primaria que estableció dos niveles educativos (elemental y superior) y los conocimientos mínimos a impartir en las escuelas (lectura, escritura, doctrina y moral cristiana, aritmética y sistema de pesos y medidas). Asimismo, en el ámbito de la producción de textos escolares, el Estado asumió su selección, aprobación y distribución, confeccionándose para la escuela primaria elemental silabarios y textos de lectura, ambos enfocados en la enseñanza de las letras.

Camila: ¿Podrías profundizar en la función que cumplían los silabarios?

Nicole: El silabario fue el texto que permitía la entrada de la infancia a la cultura escrita y era empleado en el primer año de la escuela primaria. Estaba orientado a la habilidad mecánica de leer, buscándose que niñas y niños pudieran reproducir con su voz lo que la grafía representaba. Las distintas publicaciones fueron adoptando una estructura que les dio cierta identidad: comenzaban con las vocales, luego las consonantes, para continuar con pequeños trozos de lectura y, en algunas ocasiones, se integraba las tablas de multiplicar (ver imágenes 1 y 2). El silabario, igualmente, se caracterizó por su dimensión metodológico-pedagógica, expresada en sus portadas y páginas, la que aludía al modo de enseñar las letras.



Imagen 1.

Primera lección "Vocales" publicada en *El libro del niño. Primeras lecciones en el arte de leer i escribir* de Eduardo de la Barra, 1897.

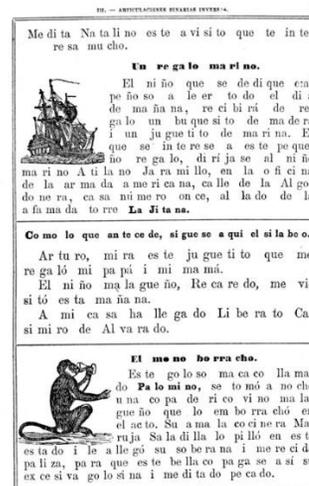


Imagen 2.

Lección del *Libro primero del nuevo método de lectura* de Bernardino Ahumada, 1861.

Una vez que las niñas y los niños las conocían, había que enfocarse en que comprendieran lo que leían, para cumplir con este objetivo se empleaba en el segundo y tercer año escolar el texto de lectura. Al detenernos en estas publicaciones, observamos que entre 1840 y 1860 fueron, principalmente, obras traducidas del francés; en la década siguiente el Estado encarga su confección a intelectuales nacionales. Ejemplo de aquello fue el *Curso gradual de lectura para las escuelas de la República*, compuesto por tres libros (*El libro de los niños*, *El amigo de los niñitos* y *El maestro*), publicados a partir de 1869 por Manuel Carrasco y José Abelardo Núñez. Once años después, Núñez publicó un nuevo curso de lectura conocido como *El lector americano*, con el que se introduce, además, un cambio en la fisonomía de los textos de lectura, pues las lecciones estarán de ahí en adelante profusamente ilustradas (ver imagen 3).

Tanto los silabarios como los textos de lectura se caracterizaron por incluir una vasta variedad de temáticas, las que se consideraban útiles para la vida adulta. En este marco, tomaron protagonismo las lecciones morales con las que se buscaba que las y los lectores conocieran sus deberes, formaran su corazón y corrigieran sus errores. Mas, la educación no fue igual para todas y todos, encontrando libros destinados solo para el sexo femenino como el *Silabario Castellano para el uso de las niñas* (1843) y *El tesoro de las niñas* (1864) o

confeccionados solo para trabajadores como el *Tesoro del Artesano* (1890). En ambos casos se transmitieron modelos que reprodujeron determinados roles de género y de clase (ver imágenes 4 y 5).



Imagen 3.

Ilustración publicada en *El lector americano. Libro segundo* de José A. Núñez, 1882.



Imagen 4.

Lección "Caridad" publicada en el *Silabario Castellano para el uso de las niñas*, 1843.



Imagen 5.

Portada del libro *Tesoro del Artesano*, 1890.

La enseñanza de la escritura y de la lectura manifestó sin duda el discurso civilizador de la época, pues se comprendía que cada estudiante que aprendía el silabario era un hombre que se arrancaba de la ignorancia y comenzaba a transitar por el camino de las luces. Por este motivo los libros no solo se abocaron a enseñar las letras, también incluyeron lecciones que definieron una idea de infancia vinculada al escolar letrado en tanto señal de progreso y de lo moralmente bueno.

Camila: ¿Qué imágenes o representaciones de la infancia emergen del análisis de los silabarios y textos de lectura?

Nicole: Al examinar los silabarios y textos de lectura podemos advertir cómo en sus páginas se narraron historias protagonizadas por niñas y niños, las que fueron definiendo un proyecto de infancia escolar. En este contexto, el discurso referido a la virtud tuvo un papel fundamental, entendido como los deberes que debía cumplir el ser humano y que

posibilitaban su perfección y felicidad. Cabe señalar que dicho discurso contempló una dimensión estética, la que estuvo orientada a la educación del buen gusto y la formación moral. Ambos componentes fueron nutridos por las virtudes que se difundieron en los textos utilizados en las escuelas. Entre las virtudes que circularon en los textos encontramos la templanza, el silencio, el orden, el trabajo, la justicia, la moderación, la limpieza, la humildad, la caridad y la paciencia, entre otras.

Uno de los primeros elementos que traza el proyecto de infancia escolar fue el deber de obrar correctamente, promoviéndose determinados sentimientos superiores que debían aprender y practicar niñas y niños, los que fueron explicados a partir del amor por lo verdadero (decir la verdad y el horror a la mentira), el gusto por lo bello (lo bueno, el orden y la limpieza), el amor al bien (buen corazón, justicia, caridad y honradez) y el sentimiento religioso (el amor a Dios y la obediencia). Lo anterior permitió dar forma a la idea de una belleza moral de la infancia (ver imágenes 6 y 7).

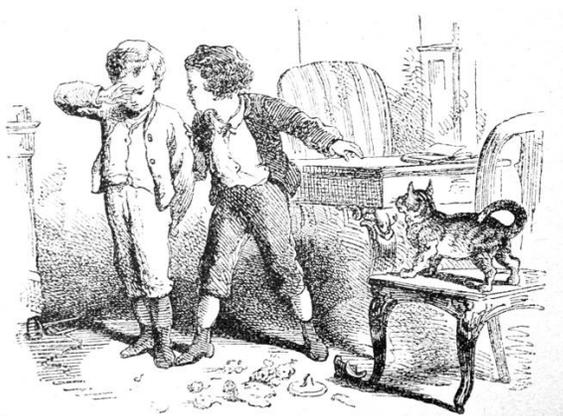


Imagen 6.

Lección “Decir siempre la verdad”
publicada en *El lector americano*. Libro
primero de José A. Núñez, 1889.



Imagen 7.

Ilustración publicada en el *Método de lectura
gradual* de Domingo F. Sarmiento, 1882.

El trabajo fue otra virtud con la que se buscó definir los comportamientos infantiles. No solo se entendió como una acción asociada a la etapa adulta, sino como una labor que debía estar presente durante toda la vida. Por tal razón, se promovió que el estudio fuera el principal trabajo de la niñez, expresándose en el aprendizaje de las letras, el saber decir, la asistencia a la escuela y la recompensa recibida por la buena realización de los deberes. Este amor al estudio, además de difundirse en las lecciones representadas por la niñez, se

personificó con ilustraciones que fueron configurando la idea del niño aplicado o estudioso, el que generalmente sostenía un libro en sus manos. Esta imagen se transformó en el símbolo del trabajo, del progreso y de lo civilizado (ver imagen 8). Ahora bien, en los silabarios y textos de lectura no solo se retrató una niñez ideal, también se narraron historias de una infancia perezosa y viciosa, graficada en niñas y niños mentirosos, supersticiosos, sucios, desordenados, egoístas, injustos y desobedientes, quienes siempre recibieron un castigo por su mal obrar (ver imagen 9).



Imagen 8.

Lección “El niño estudioso” publicada en el *Libro primero del nuevo método de lectura* de Bernardino Ahumada, 1861.



Imagen 9.

Lección “El niño vagabundo” publicada en *El lector americano. Libro primero* de José A. Núñez, 1889.

Por último, la belleza de la niñez y la carencia de esta representaron dos visiones que se contrapusieron en la época: lo civilizado (la belleza) como algo deseable y lo bárbaro (los defectos) como algo a extirpar. De esta manera, el proyecto de una infancia escolar buscó modelar determinados sentimientos y comportamientos, premiándose el actuar virtuoso y castigándose el vicio y la pereza. Durante este proceso la dimensión estética tuvo un lugar importante, entendiéndose que su divulgación por medio de la educación fortalecería una buena conducta, ennoblecería el espíritu y refrenaría las pasiones. En este sentido, la idea de una infancia escolar fue un proyecto educativo sustentando en lo político y en lo estético, pues representó una determinada visión de lo social y buscó formar, por una parte, buenos ciudadanos y buenos cristianos y, por otra, ordenados, obedientes y honrados trabajadores.

Camila: Muchas gracias, Nicole, por contarnos sobre tu libro.

Nicole: Gracias a ti.